

Obras completas

Sigmund Freud

Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey
con la colaboración de Anna Freud,
asistidos por Alix Strachey y Alan Tyson

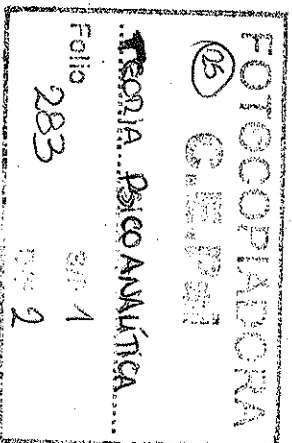
Traducción directa del alemán de José L. Ercheverry

Volumen 19 (1923-25)

El yo y el ello
y otras obras

Amorrortu editores

La organización genital infantil
(Una interpolación en la teoría de la
sexualidad)
(1923)



Nota introductoria

«Die infantile Genitalorganisation
(Eine Einschaltung in die Sexualtheorie)»

Ediciones en alemán

- 1923 *Int. Z. Psychoanal.*, 9, n.º 2, págs. 168-71.
1924 *GS*, 5, págs. 232-7.
1926 *Psychoanalyse der Neurosen*, págs. 140-6.
1931 *Sexualtheorie und Traumbreite*, págs. 188-93.
1940 *GW*, 13, págs. 291-8.
1972 *SA*, 5, págs. 235-41.

Traducciones en castellano*

- 1929 «La organización genital infantil (Adición a la teoría sexual)». *BN* (17 vols.), 13, págs. 119-24. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, 13, págs. 123-8. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), 1, págs. 1209-12. El mismo traductor.
1953 Igual título. *JR*, 13, págs. 97-101. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), 1, págs. 1195-7. El mismo traductor.
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), 7, págs. 2698-700. El mismo traductor.

Este trabajo fue escrito en febrero de 1923 (Jones, 1957, pág. 106). Es en esencia, como lo indica el subtítulo, un agregado a los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*A*); y, de hecho, en una nota al pie agregada allí en la edición aparecida al año siguiente (1924) se sintetiza lo fundamental de lo expuesto en el presente trabajo (cf. *AE*, 7, pág. 181).

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n.º 6.}

Le sirven de punto de partida principalmente las secciones 5 y 6 del segundo ensayo (*ibid.*, págs. 176-80), añadidas ambas en 1915. Pero también retoma ideas que se encuentran en «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913²), *AE*, 12, págs. 343-5, y otras de más antigua data todavía, que aparecen en «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908c), *AE*, 9, págs. 191-5.

James Strachey

Es bien demostrativo de la dificultad que ofrece el trabajo de investigación en el psicoanálisis que rasgos universales y constelaciones características puedan pasarse por alto a despecho de una observación incansante, prolongada por decenios, hasta que un buen día se presenten por fin inequívocamente; con las puntualizaciones que siguen quería reparar un descuido de esa índole en el campo del desarrollo sexual infantil.

Es sin duda notorio, para los lectores de mis *Tres ensayos de teoría sexual* (1905^d), que en ninguna de las posteriores ediciones de esa obra empecé una refundición, sino que mantuve el ordenamiento originario y di razón de los progresos de nuestra intelección mediante intercalaciones y enmiendas del texto.¹ Debido a ello, acaso ocurra muchas veces que lo viejo y lo nuevo no se fusionen bien en una unidad exenta de contradicción. En efecto, al comienzo el acento recayó sobre la fundamental diversidad entre la vida sexual de los niños y la de los adultos; después pasaron al primer plano las *organizaciones pregenitales* de la libido, así como el hecho asombroso, y gravido de consecuencias, de la *acomodada en dos tiempos del desarrollo sexual*. Por último, reclamó nuestro interés la *investigación sexual infantil*, y desde ahí se pudo discernir la notable *aproximación del desenlace de la sexualidad infantil* (cerca del quinto año de vida) a su conformación final en el adulto. Hasta ese punto he llegado en la última edición (1922) de los *Tres ensayos*.

En la página 63 de ese volumen² consigno que «a menudo, o regularmente, ya en la niñez se consuma una elección de objeto como la que hemos supuesto característica de la fase de desarrollo de la pubertad. El conjunto de las aspiraciones sexuales se dirigen a una persona única, y en ella quieren alcanzar su meta. He ahí, pues, el máximo acercamiento posible en la infancia a la conformación definitiva

¹ [Cf. *AE*, 7, pág. 112.]

² [Corresponde a *AE*, 7, pág. 181, donde aparece también la nota agregada en 1924 que sintetiza los hallazgos formulados en el presente artículo. La sección del libro de la cual se tomó esta cita fue agregada en su totalidad en 1915.]

que la vida sexual presentará después de la pubertad. La diferencia respecto de esta última reside sólo en el hecho de que la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales no son establecidas en la infancia, o lo son de manera muy incompleta. Por tanto, la instauración de ese primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual.

Hoy ya no me declararía satisfecho con la tesis de que el primado de los genitales no se consuma en la primera infancia, o lo hace sólo de manera muy incompleta. La aproximación de la vida sexual infantil a la del adulto llega mucho más allá, y no se circunscribe a la emergencia de una elección de objeto. Si bien no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, en el apogeo del proceso de desarrollo de la sexualidad infantil el interés por los genitales y el quehacer genital cobran una significatividad dominante, que poco le va en zaga a la de la edad madura. El carácter principal de esta «organización genital infantil» es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del *falo*.

Por desdicha, sólo podemos describir estas constelaciones respecto del varoncito; carecemos de una inteligencia de los procesos correspondientes en la niña pequeña. Aquel percibe, sin duda, la diferencia entre varones y mujeres, pero al comienzo no tiene ocasión de relacionarla con una diversidad de sus genitales. Para él es natural presuponer en todos los otros seres vivos, humanos y animales, un genital parecido al que él mismo posee; más aún: sabemos que hasta en las cosas inanimadas busca una forma análoga a su miembro.³ Esta parte del cuerpo que se excita con facilidad, parte cambiante y tan rica en sensaciones, ocupa en alto grado el interés del niño y de continuo plantea nuevas y nuevas tareas a su pulsión de investigación. Querría verlo también en otras personas para compararlo con el suyo; se comporta como si barruntara que ese miembro podría y debería ser más grande. La fuerza pulsionante que esta parte viril desplegará más tarde en la pubertad se exterioriza en aquella época de la vida, en lo esencial, como esfuerzo de investi-

³ [Cf. el análisis del pequeño Hans (1909b), AE, 10, pág. 10.] — Por lo demás, es notable cuán escasa atención atrae sobre sí, en el niño, la otra parte de los genitales masculinos, la bolsita con sus contenidos. Por los análisis, no se podría colegir que los genitales masculinos constan de algo más que del pene.

gación, como curiosidad sexual. Muchas de las exhibiciones y agresiones que el niño emprende y que a una edad posterior se juzgarían como inequívocas exteriorizaciones de lascivia, se revelan al análisis como experimentos puestos al servicio de la investigación sexual.

En el curso de estas indagaciones el niño llega a descubrir que el pene no es un patrimonio común de todos los seres semejantes a él. Da ocasión a ello la visión casual de los genitales de una hermanita o compañerita de juegos; pero niños agudos ya tuvieron antes, por sus percepciones del orinar de las niñas, en quienes veían otra posición y escuchaban otro ruido, la sospecha de que ahí había algo distinto, y luego intentaron repetir tales observaciones de manera más esclarecedora. Es notoria su reacción frente a las primeras impresiones de la falta del pene. Desconocen esa falta; creen ver un miembro a pesar de todo; cohonestan la contradicción entre observación y prejuicio mediante el subterfugio de que aún sería pequeño y va a crecer,⁴ y después, poco a poco, llegan a la conclusión, afectivamente sustantiva, de que sin duda estuvo presente y luego fue removido. La falta de pene es entendida como resultado de una castración, y ahora se le plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona. Los desarrollos que sobrevienen son demasiado notorios para que sea necesario repetirlos aquí. Me parece, eso sí, que sólo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del *falo*.⁵

⁴ [A partir de aquí, el concepto de «desconocimiento» o «desmentida» pasará a ocupar un lugar cada vez más importante en los escritos de Freud. La palabra alemana utilizada en este lugar es «*leugnen*», pero más adelante Freud empleó casi siempre, en vez de ella, la forma «*verleugern*». Aparece en un contexto algo distinto en «La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis» (1924e), *infra*, pág. 194; pero por lo general es usada en relación con el complejo de castración. Véase, por ejemplo, los artículos sobre el masoquismo (1924c), *infra*, pág. 170, y sobre la diferencia anatómica entre los sexos (1925f), *infra*, pág. 271. En su trabajo posterior sobre el fetichismo (1927e) Freud distingue el uso correcto de las palabras «*Verdrängung*» («represión») y «*Verleugnung*» («desmentida»). Allí, así como en el trabajo póstumo inconcluso «La escisión del yo en el proceso defensivo» (1940e) y en el capítulo VIII de su también inconcluso *Esquema del psicoanálisis* (1940a), las disquisiciones sobre este término sirven de base a una adición a la teoría metapsicológica. En verdad, la idea de la «desmentida» ya había sido insinuada mucho antes, en «Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico» (1911b), AE, 12, págs. 224, n. 7 y 225, n. 8.]

⁵ [Cf. el análisis del pequeño Hans (1909b), AE, 10, pág. 12.]

⁶ Con acierto se ha señalado que el niño adquiere la representación

Es notorio, asimismo, cuánto menosprecio por la mujer, horror a ella, disposición a la homosexualidad, derivan del convencimiento final acerca de la falta de pene en la mujer. Recientemente, Ferenczi (1923), con todo derecho, recondujo el símbolo mitológico del horror, la cabeza de Medusa, a la impresión de los genitales femeninos carentes de pene.⁷

Pero no se crea que el niño generaliza tan rápido ni tan de buen grado su observación de que muchas personas del sexo femenino no poseen pene; ya es un obstáculo para ello el supuesto de que la falta de pene es consecuencia de la castración a modo de castigo. El niño cree, al contrario, que sólo personas despreciables del sexo femenino, probablemente culpables de las mismas mociones prohibidas en que él mismo incurrió, habrían perdido el genital. Pero las personas respetables, como su madre, siguen conservando el pene. Para el niño, ser mujer no coincide todavía con falta de la génesis y el nacimiento de los niños, y colige que sólo mujeres pueden parir hijos, también la madre perderá el pene y, entretanto, se edificarán complejísima teorías destinadas a explicar el trüque del pene a cambio de un hijo. Al parecer, con ello nunca se descubren los genitales femeninos. Como sabemos, el niño vive en el vientre (intestino) de la madre y es parido por el ano. Con estas últimas teorías sobrepasamos la frontera temporal del período sexual infantil. No carece de importancia tener presentes las mudanzas que experimenta, durante el desarrollo sexual infantil, la polaridad sexual a que estamos habituados. Una primera

de un daño narcisista por pérdida corporal ya a raíz de la pérdida del pecho materno luego de nacer, de la cotidiana deposición de las heces, y aun de la separación del vientre de la madre al nacer. Empero, sólo cabe hablar de un complejo de castración cuando esa representación de una pérdida se ha enlazado con los genitales masculinos. Este punto se trata con mayor extensión en una nota al pie agregada en 1923 al análisis del pequeño Hans (1909b), *AE*, 10, pág. 9. Se lo menciona también en «El sepultamiento del complejo de Edipo» (1924d), *Infra*, pág. 183.]

⁷ Me gustaría agregar que lo mentado en el mito son los genitales de la madre. Atenea, que lleva en su armadura la cabeza de Medusa, se convierte justamente por ello en la mujer inabordable, cuya sola visión extingue toda idea de aproximación sexual. — [Un año antes Freud había escrito un breve ensayo sobre este tema, publicado posteriormente (1940c).]

⁸ Por el análisis de una joven señora que no había tenido padre pero sí varias tías, me enteré de que hasta bien entrado el período de latencia creyó en el pene de la madre y de algunas de las tías. Empero, a una de estas, idótea, la consideraba castrada, tal como se sentía a sí misma. [Véase una nota al pie de *El yo y el ello* (1923b), *supra*, pág. 33, n. 9.]

oposición se introduce con la elección de objeto, que sin duda presupone sujeto y objeto. En el estadio de la organización pregenital sádico-anal no cabe hablar de masculino y femenino; la oposición entre *activo* y *pasivo* es la dominante.⁹ En el siguiente estadio de la organización genital infantil hay por cierto algo *masculino*, pero no algo *femenino*; la oposición reza aquí: *genital masculino*, o *castrado*. Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con *masculino* y *femenino*. Lo masculino retiene el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad. La vagina es apreciada ahora como albergue del pene, recibe la herencia del vientre materno.

⁹ Cf. [un pasaje agregado en 1915 a] *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), *AE*, 7, pág. 180. [Véase, asimismo, una nota al pie agregada también en 1915 a esa obra, *ibid.*, págs. 200-1.]

